

Teología del sacerdocio y vocación

Mons. Jesús Sanz Montes

Arzobispo de Oviedo

HACE UNOS AÑOS LOS OBISPOS ESPAÑOLES publicamos una importante Instrucción Pastoral¹ en la que, entre otras cosas, abordábamos un apunte sobre el ministerio ordenado (nn. 42-45). Normalmente nuestro magisterio respecto del ministerio sacerdotal tiene un carácter más bien parenético exhortando a nuestros hermanos presbíteros a la fidelidad continua tal y como bellamente sugería el Apóstol Pablo a su discípulo Timoteo: «Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti»². Pero no está demás una reflexión pertinente en la que se subraye el nexo que existe entre la teología del ministerio y su incidencia en la fidelidad vocacional de quien está llamado a vivir esa forma de vida cristiana por designio de Dios.

En este sentido podemos decir que hay una repercusión *vocacional* en cuanto la teología y el fenómeno de la secularización ha ido escribiendo y describiendo en estos apasionantes cuarenta años de postconcilio. Una repercusión en el doble movimiento: la teología y la secularización han forjado una concreta visión y vivencia del ministerio, pero también éste ha determinado una concreta teología y ha podido fraguar crítica o acriticamente una cierta secularización.

Por eso, cabe recordar lo que ya a propósito de la historia de la teología subrayó con su habitual maestría Hans Urs von Balthasar: el todo en el fragmento³. Es decir, podemos cotejar el todo de la teología y la secularización en el fragmento de una vocación eclesial concreta como es el ministerio ordenado, y viceversa.

¹ *Teología y Secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II*. Instrucción Pastoral. LXXXVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. 30 de marzo 2006 (Edice. Madrid 2006).

² *2 Tim* 1, 6. Son preciosas y muy precisas las indicaciones que sobre la formación integral del sacerdote se indican en la exhortación *Pastores dabo vobis* a propósito de esta cita paulina: Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 70-81.

³ Cf. H.U. VON BALTHASAR, *Das Ganze im Fragment. Aspekte der Geschichtstheologie* (Johannes Verlag. Einsiedeln 1963).

Un método exegético insuficiente llevaría a contraponer de un modo dialéctico una Iglesia jerárquica, legal y piramidal, frente a una Iglesia disipular y carismática. Esta insuficiencia exegética añade además la confusión entre el sacerdocio común que se deriva del bautismo para todo fiel, y el sacerdocio ministerial que se presentaría como fruto de los avatares históricos de la lucha de poder. Finalmente, la consecuencia de esa dialéctica de dos iglesias y dos sacerdocios, comprendidos y enfrentados desde un reduccionismo ideológico, es que se factura una evidente crisis vocacional, una desertización de las vocaciones que falsamente se intentaría resolver demagógicamente apelando al sacerdocio femenino como una vieja reivindicación.

Por ello vale la pena proponer en clave positiva los tres goznes en torno a los cuales se debe dar una correcta comprensión y vivencia eclesial de esta vocación cristiana específica que es el ministerio sacerdotal: la consagración, la comunión y la misión. Es una tríada que configura lo que de suyo es la vida sacerdotal. Hay que apelar a una mutua referencia de esta terna, porque no puede darse una sin la otra y recíprocamente todas ellas se reclaman.

Cuando esta armonía entre las tres coordenadas no se ha dado, se ha asistido a un tipo de reduccionismo altamente nocivo y desestructurador de lo que es en sí el sacerdocio ministerial. Y este reduccionismo excluyente vendría o por una *consagración* a la que le basta un Dios privado y solitario, y para cuya relación sobran los otros y la misma historia; o por una *comunión* en la que uno está zambullido, arropado, sencillamente sumado sin saber en nombre de quién se está e ignorando las consecuencias históricas de esa común unión; o por una *misión* que se torna simplemente en estrategia de acción, ya restauracionista, ya revolucionaria, pero que bebe y vive de una particular pretensión, desdén o fuga.

Por el contrario, con la armonía de estas tres coordenadas se afirma que se ha recibido una llamada a vivir consagradamente en y para Dios al que pertenecemos, con los hermanos que Él da y con los que se le busca y se le comparte, viviendo una tarea misional de seguir lo que con ese Dios encarnado tuvo feliz comienzo y a cuya plenitud se encamina la historia toda. Consagración, comunión y misión, las tres mutuamente referidas, recíprocamente vivenciadas, armoniosamente matizadas para no caer en ningún tipo de extremismo sino poder así vivir el radicalismo vocacionado que del Evangelio brota también para el sacerdote de Jesucristo. Serían las tres dimensiones de carácter relacional en esta vocación eclesial que es el sa-

cerdocio ministerial: una dimensión teologal (consagración), una dimensión fraterna (comunidad) y una dimensión apostólica (misión)⁴.

Efectivamente, ha habido antes alguien que nos ha llamado, gratuita e inmerecidamente, para estar con Él. Y esa permanencia que se hará pertenencia, suscitará una comunidad de con-discípulos con los que formamos una fraternidad apostólica, para luego ser enviados como portadores de una Presencia y portavoces de una Palabra que es la que constituye nuestro trabajo ministerial como sacerdotes de Jesucristo. Es la pertenencia a un Tú, el del Señor, como expresión acabada del significado de nuestra consagración sacerdotal. Es la comunión fraterna con los compañeros del presbiterio que preside el Obispo en donde se incardina nuestra historia de fidelidad. Es la misión a la que se nos envía cuando santificamos en su nombre con los sacramentos que su Iglesia pone en nuestras manos, cuando enseñamos en su nombre con la palabra y la verdad que su Iglesia pone en nuestros labios, y cuando conducimos al pueblo que su Iglesia nos ha confiado. El Papa Juan Pablo II lo apuntó al comienzo de su exhortación *Pastores dabo vobis* cuando trajo a colación un texto evangélico en donde se aúnan precisamente estas tres dimensiones de la Pertenencia a Dios que llama a los que escoge, la fraternidad discipular y la misión a la que se envía⁵.

Sin duda alguna, que se abre un saludable examen de conciencia cuando nos preguntamos cómo nutrimos, cómo curamos, cómo maduramos,

⁴ Véase el rico desarrollo que hace de ellas J. AUBRY, «Le tre dimensioni “relazionali” della vita consacrata: teologale, fraterna, apostolica», en AA. VV., *Vita Consacrata, un dono del Signore alla sua Chiesa* (LDC. Leumann-Torino 1994) 171-219. Con mayor exhaustividad, desarrolla esta tríada E. FERASIN, *Un lungo cammino di fedeltà. La Vita Consacrata dal Concilio al Sinodo* (LAS, Roma 1996) 95-323.

⁵ «Esta tarea formativa de la Iglesia continúa en el tiempo la acción de Cristo, que el evangelista Marcos indica con estas palabras: «Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios» (Mc 3, 13-15). Se puede afirmar que la Iglesia – aunque con intensidad y modalidades diversas– ha vivido continuamente en su historia esta página del Evangelio, mediante la labor formativa dedicada a los candidatos al presbiterado y a los sacerdotes mismos. Pero hoy la Iglesia se siente llamada a revivir con un nuevo esfuerzo lo que el Maestro hizo con sus apóstoles, ya que se siente apremiada por las profundas y rápidas transformaciones de la sociedad y de las culturas de nuestro tiempo así como por la multiplicidad y diversidad de contextos en los que anuncia y da testimonio del Evangelio» [JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 2].

cómo compartimos, cómo purificamos, cómo recreamos... estos tres factores en los que queda cifrada nuestra existencia sacerdotal⁶.

El secreto de nuestra identidad se encierra en que se nos ha dicho un nombre. Un nombre que nos ha cambiado la vida. Un nombre impreso en nuestro ser por la llama del Espíritu. El que nos salva de tantos otros nombres que los demás y la vida a menudo nos imponen. Nuestra identidad es el fruto de una revelación, de un encuentro en el que, al conocer a Jesús, se nos regala un nuevo ser. Ya no somos el de antes, sino que ahora nos identificamos con quien nos ha llamado y nos ha revelado de verdad quiénes somos. Hay un secreto oculto en la vida de cada uno de nosotros, y ese secreto se ha convertido en una marca de identidad y en un camino de discernimiento.

¿En dónde arraigamos de verdad la identidad en la vida sacerdotal? La llamada recibida, que es esencialmente un don de elección, una invitación de amistad, es nuestro signo mayor de identidad: le pertenecemos al Señor porque Él nos eligió, nos bendijo, nos perdonó, nos curó las heridas, nos santificó, nos regaló compañeros, nos envía en misión, etc. Nuestra crónica de identidad es tanto una historia personal de salvación, la historia de amor de Dios en cada uno de nosotros, como una historia común, la que nos vincula al cuerpo del que formamos parte. Pero también la identidad se funda en la revitalización de la misión recibida: somos enviados para dar fruto abundante. Y así el envío es nuestro camino de sabernos suyos, de estar con él fructificando, desplegando lo que somos en la misión de trabajar y vivir por y para el Reino de Dios que se está realizando activamente en nuestra historia. Los frutos que damos forman parte de lo que somos y de lo que podemos dar a los demás como alimento, como vida compartida y fecunda.

Como dice la Instrucción al final de sus páginas, «la teología nace de la fe y está llamada a interpretarla manteniendo su vínculo irrenunciable con

⁶ En un sugerente trabajo del P. Xavier Quinzá Lleó, S.J., él llama recrear una cultura de la pasión y la radicalidad, como aldaba que despierte nuestra entrega al Señor, centrando su aportación en esa tríada a la que nos hemos referido y que enhebra nuestra vocación eclesial. El P. Quinzá lo enunciará en torno a los "nutrientes" de la pertenencia-comunidad-misión original manera de expresar lo que nosotros hemos llamado con Juan Pablo II la consagración, la comunión y la misión. Viene a ser lo mismo y por ello nos valemos de esa intuición. Cf. X. QUINZÁ LLEÓ, S.J., «Nutrientes para la vida consagrada. Para desarrollar en la práctica una cultura de la vida en el Espíritu», en B. FERNÁNDEZ-F. TORRES, *Recrear nuestra espiritualidad. 30 Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada* (Claretianas. Madrid 2001) 155-183.

la comunidad eclesial. La Iglesia necesita de la teología, como la teología necesita de su vínculo eclesial»⁷. El ministerio ordenado madura, cuando bebiendo en las fuentes teológicas de las que bebe la Iglesia en su ya larga trayectoria, expresa con fidelidad la respuesta a la llamada recibida. Esa tradición representa al mismo tiempo la fidelidad al dato revelado (desvelamiento del Misterio en la Encarnación de Cristo, que la Iglesia custodia, celebra y anuncia, hasta hacerse una propuesta de nueva vida moral), y la creatividad de quien en cada generación ha sabido proponer con audacia la perenne verdad que se nos ha confiado.

El ministerio ordenado vivido es un buen exponente de la buena teología, y ésta da testimonio si nutre de veras la vocación eclesial que Dios ha suscitado en su Pueblo. La salud vocacional se puede rastrear en la teología que se frecuenta, y ésta tiene inevitablemente un reflejo en la vivencia de la propia vocación.

⁷ *Teología y Secularización en España*, n. 69.